

ADRIÁN LÓPEZ BRUGUERA





# EL CRISTO DE LAS BATALLAS

---

## Ó LA BATALLA DE TORO

---

ROMANCE HISTÓRICO

  
Precio: 25 céntimos  


VALLADOLID  
IMP., LIB. Y ENC. DE J. MONTERO  
ACERA, NÚMS. 4 Y 6

1910

G-F 6463

A mi querido pueblo natal la Muy Noble,  
Muy Leal y Muy Antigua Ciudad de Toro y,  
en representación suya, á su Ilustre Ayunta-  
miento dedico este romance, el importe de cuya  
venta será íntegro empleado en fines benéficos en  
dicha Ciudad.

El Autor.

Al culto escritor y distinguido periodista  
D. Ricardo Allue'

Adrian Lopez Borruera

I


Es ya muerto Enrique Cuarto,  
 Que Dios en su gloria tenga,  
 Ya que bien la mereció  
 Porque el pobre, aquí en la tierra,  
 Pasó en su trágica vida  
 Un purgatorio de penas.  
 Contra él conspiró la plebe  
 Y conspiró la nobleza,  
 Destronándole en efigie  
 Y, casi, casi, de veras.  
 Hasta en su mismo palacio  
 Y por los suyos, se intenta,  
 Su hermano, quitarle el trono,  
 Su favorito, la reina  
 De la cual, sus coetáneos,  
 Pues siempre hubo malas lenguas,  
 Murmuraban que, si tuvo,  
 O no tuvo, complacencias  
 Con un apuesto galán,  
 Del Rey favorito y de ella,  
 Pero de ella mucho más,  
 Con Don Beltran de la Cueva;  
 Aquel Beltran, cuyo nombre  
 Heredó cierta princesa,  
 A quien la historia conoce  
 Por Juana la Beltraneja.

N.T. 106011  
CB. 1129158

R. 76303



De León y de Castilla,  
Vacante está la diadema,  
Y en dos bandos dividida  
De entrambos reinos la tierra,  
Mientras unos sostenían  
Que se nombrase heredera  
A Doña Juana, como hija  
De Enrique Cuarto y la reina,  
Otros, no menos, había  
Que opinaban con firmeza  
Que, teniendo Doña Juana  
Tan dudosa procedencia,  
Pues Enrique el Impotente  
Por algo su mote lleva,  
A su hermana, era lo justo  
Que se aclamara por reina.  
Siempre en choque los dos bandos,  
Nadie en el reino se acuerda  
De combatir á los moros,  
Y en San Pedro de Cardena,  
Yacen los huesos del Cid,  
Como olvidada leyenda,  
Y está su tumba, de polvo  
Y telarañas cubierta.  
Con las luchas intestinas,  
Las campiñas están yermas,  
Y por doquier reina sólo  
Desolación y miseria.  
Repartido en los dos bandos,  
El pueblo, clero y nobleza,  
De Fernando y de Isabel  
Son los más y de más fuerza.  
Lo más florido del clero  
Por ellos también pelea,  
Y en las cortes de Medina,



La plata de las iglesias;  
Como préstamo sagrado,  
Para los gastos de guerra,  
Vota en favor de Isabel,  
Que su real palabra empeña  
De volver en plazo breve  
Tan sacratísima ofrenda.  
Mas, no todo es bienandanzas  
Para la augusta pareja,  
Que los Ulloas en Toro,  
Gente de rancia nobleza,  
En Cáceres y en Toledo  
Los Zúñigas y Villenas,  
Y otros nobles poderosos  
En poblaciones diversas,  
De su rival Doña Juana  
Apréstanse á la defensa.  
Don Alonso de Carrillo  
Alza la misma bandera,  
Y es enemigo temible,  
Porque su doble influencia  
De Arzobispo de Toledo,  
Que le da tanta en la iglesia,  
Y la que, en cosas profanas,  
Le dan sus muchas riquezas,  
Le hace ser muy poderoso  
En el cielo y en la tierra.  
Y allá, de Alcalá de Henares  
En su altiva fortaleza,  
Siempre que habla de Isabel,  
Dice con mucha soberbia,  
Recordando aquellos tiempos  
En que ha sido tutor de ella:  
«Yo, que de hilar la saqué,  
La haré volver á la rueca,

Y si viene á visitarme,  
Observaré por donde entra  
Y, en seguida que lo haga,  
Saldré yo por otra puerta.»  
Arde el reino así en discordias,  
En disensiones internas,  
No habiendo pueblo tranquilo  
Desde el centro á las fronteras,  
Y está en las de Portugal  
Encendida ya la guerra.  
Pues su Rey, Alfonso Quinto,  
Apoya á la Beltraneja  
Y para unir dos coronas  
Se ha desposado con ella.  
¿Como no? Doña Isabel  
Cuya mano pretendiera  
Rechazóle desdeñosa  
Con varonil entereza.  
Ya está el Rey de Portugal  
Con su ejército en Plasencia,  
Y hacia Toro y á Zamora  
Camina en son de pelea.  
Mucho en su gente confía,  
Que es nata y flor portuguesa,  
Y renovar los laureles  
De Aljúbarrota desea.  
Mucho, dentro de Castilla,  
De sus amigos espera  
Pues son gentes poderosas  
Los Zúñigas y Villenas,  
Pero no meños confía  
En el apoyo de fuera,  
Que Luis Onceno de Francia  
Le dió su palabra regia  
De ayudarle por el norte,

Haciendo á Castilla guerra.  
Y así, lleno de ilusiones  
De románticas empresas,  
Hacia Toro y á Zamora  
Camina en son de pelea.  
Propónele Don Fernando,  
Queriendo evitar la guerra  
Y que de pueblos hermanos  
La noble sangre se vierta,  
Tan pródigo de la suya  
Como avaro de la agena,  
Entre los reyes rivales  
El derimir la contienda,  
Y en combate personal  
A un juicio de Dios le reta.  
Mas con retóricas frases,  
Muy prudentes, muy discretas,  
Negativas en el fondo,  
Conformes en apariencia,  
Alfonso de Portugal  
Al juicio de Dios se niega.  
Por eso pueblos hermanos  
Reñirán en lucha fiera,  
Derramando sangre propia,  
Sin mirar que la agarena  
Aún profana el común suelo  
De la Península Ibérica.



## II

Cerca ya de anochecer,  
El sol en su ocaso brilla,  
Como una esfera de fuego,  
Envuelta en ténue neblina,  
Cuyos ligeros cendales,  
Con sus destellos irisa.  
El paisaje es de los clásicos  
De los llanos de Castilla,  
Con sus amplios horizontes  
De severa poesía:  
Agua poca, tierra mucha,  
Atmósfera clara y limpia,  
Secos árboles y escasos,  
Muchas mieses, muchas viñas,  
Y, de aldeas grises, pardas,  
Las confusas lejanías.  
Por una senda extraviada  
Un caballero camina,  
Ginete en potro alazán,  
Y debe tener gran prisa  
Pues las agudas espuelas  
Frecuentemente utiliza.  
Subió trotando una loma,  
Remontando hasta su cima  
Desde la cual, orientado  
Del Duero por las orillas,



A meterse en un barranco,  
En el que Toro está encima  
Y el río lame su base,  
Resuelto al corcel obliga,  
Detiénese el caballero,  
La negra sombra escudriña,  
Pues ya, de la noche el manto  
Cubre llanos y colinas,  
Y hablando consigo mismo,  
Justo, dijo, es tu subida,  
Puerto de la Magdalena,  
Que ella me sirva de guía.  
Santiguóse y apeándose,  
Del caballo ató la brida  
A unos álamos cercanos,  
Para ocultarlo á la vista,  
Y en dirección hacia Toro  
Encaminóse en seguida.  
Con paso firme y seguro  
Subiendo va las colinas,  
Por Don Pedro de Fonseca  
Palmo á palmo conocidas.  
Que en Toro nació Don Pedro,  
Pasó allí toda su vida,  
De allí procede su estirpe,  
Hidalga, rica, y antigua,  
Allí radica su hacienda,  
Reside allí su familia,  
Aunque aquella confiscada  
Y ésta encuéntrase proscripta.  
Y allí está su corazón,  
Pues allí está Doña Elvira,  
Hija de Pedro Monroy,  
Hija de Antona García,  
Gente buena, gente honrada,

Más de linage, que dista  
Del de Fonseca bastante  
Y sus amores complica.  
No importa, dice Don Pedro  
Cuando en tal valla medita,  
Porque, belleza y virtud  
Son bien altas jerarquías.  
Y en esto, razón le sobra,  
Pues que le sobran á Elvira  
La hermosura y la virtud  
Esbeltez y gallardía.  
Morena, de ojos rasgados  
Y negros como la endrina,  
De color de ébano el pelo,  
Mezcla de mujer y niña,  
Por la opulencia de formas  
Y la inocencia que brilla,  
De sus bellísimos ojos  
En las radiantes pupilas,  
Es la amada de Fonseca,  
Prenda de mucha valía.  
A verla todas las noches  
Acude en amante cita,  
Y antes de rayar el alba  
Vuelve al punto de partida,  
Pues manda un destacamento  
De tropas isabelinas,  
Que está entre Toro y Zamora,  
Y de entrambos equidista.  
Ya, del áspero barranco  
Ha coronado la cima,  
Y llegando hasta unas tapias,  
Que se hallan desguarneckidas,  
Sobre ellas lanzó una escala,  
Y colocándose encima

Metióse dentro de Toro  
Con la mayor osadía.  
Y mirando, si en la sombra,  
Alguien hay que le vigila,  
Lanzóse rápidamente  
Por una calle sombría.  
Pronto dejóla detras,  
Siguió por la Judería,  
Y, varias otras cruzando,  
Con precaución infinita,  
La de la Reja Dorada  
Resuelto por fin enfla,  
Encaminándose recto  
En dirección de una esquina,  
Donde una reja dorada  
Cerca de ella se divisa.  
(Quizá el nombre de esa calle  
De tal reja se deriva.)  
Allí mismo, en esa calle,  
Y en aquella reja misma,  
Está el fin de sus anhelos,  
Pues allí está Doña Elvira.  
Diríjese hacia la reja  
En actitud defensiva,  
La mano puesta en la espada  
Porque ha visto que en la esquina  
Un embozado, tras ella,  
Ocultándose le espía.  
Rápido vase hacia él  
Y éste, con la espada asida,  
Con enérgico ademán  
¡Atrás! airado le grita.  
Eso de atrás, imposible,  
Pedro Fonseca replica,  
Vos sereis, Don..... importuno,

Quien dejará franca vía.  
¡Jamás! dice el embozado,  
¡Paso atrás! Fonseca intima,  
¡Paso atrás! sea quien sea.  
¿Aunque sea Diego Mansilla?  
Eso, contesta Don Pedro,  
Ya es otra cosa distinta,  
A Mansilla el paso cede,  
Y si es preciso la vida,  
Su amigo Pedro Fonseca.  
Vive Dios, dice Mansilla,  
Que avanzando hacia Don Pedro  
Con un abrazo le brinda,  
Jamás hubiera creído  
Que, aún con vuestra valentía,  
Tuvierais la de venir  
Hasta la misma guarida  
De los Marialvas y Ulloas,  
Que os descabezan si os pillan.  
Grande el amor debe ser  
Que á tales riesgos incita  
Aunque, hablando con franqueza,  
Bien los vale Doña Elvira.  
Y pues yo adoro á su hermana  
Y aquella reja es la mía,  
En ella con Laura yo,  
En la otra vos con Elvira,  
Mutuamente las espaldas  
Nos guardamos de esta guisa.  
Y á poco, dulce coloquio  
En la reja respectiva,  
De la noche en el silencio;  
Más que se oye, se adivina.  
Pero breve resultó  
Pues confusa gritería

Sonó de pronto á lo lejos,  
Y por las calles vecinas  
Vióse gentes que en tropel  
Y presurosas corrían.  
Salió Don Diego á indagar  
Tan extraña anomalía  
Volviendo pronto alarmado  
Y trayendo esta noticia:  
El Rey Don Alfonso Quinto  
De Zamora se retira  
Y, su cerco levantando,  
Viene á Toro con gran prisa.  
De Don Fernando las gentes  
La retaguardia le pican,  
Y en la Vega toresana  
Un combate se avecina.  
Vuestra persona Don Pedro,  
Entre gentes enemigas  
Y que os persiguen de muerte,  
Con tales hechos peligra.  
¿Que hacer? preguntó Fonseca.  
Y así contestó Mansilla:  
Del recinto amurallado  
Debeis salir enseguida.  
Sin duda, dijo Don Pedro,  
Mas tomadas las salidas  
Y las guardias redobladas,  
La cosa es poco sencilla.  
Y replicando Don Diego  
Dijo, gratitud obliga,  
Y yo juro, aunque perezca,  
Poneros pronto en franquía,  
Que en la batalla de Olmedo  
Vos me salvaisteis la vida.  
Pues en paz, dijo Fonseca,

Porque ahora salvais la mía.  
No tal, contestó Don Diego,  
Pues, obrando con justicia,  
Pagarse el rédito debe  
Al que el favor anticipa.  
De las tropas portuguesas,  
Mi persona es conocida,  
Y, ni jefes, ni soldados,  
Nadie de mi desconfía.  
Conmigo salvo saldreis.  
Con que, en marcha, y muy de prisa,  
Que la noche veloz corre,  
Y es la luz nuestra enemiga.  
Y diciendo un breve adiós  
A Doña Laura y á Elvira,  
Que todo el diálogo oyeron,  
De pena y dolor transidas,  
Se metieron por las calles,  
Buscando las más sombrías,  
Y, fuera de las murallas  
Y del Duero en las orillas,  
Salvo á Pedro de Fonseca  
Dejó su amigo Mansilla,  
Que, sospechas precaviendo,  
Volvióse á Toro en seguida.  
En esto murió la noche,  
Empezó á nacer el día,  
Y con él la situación  
Resultó mucho más crítica.  
Pues patrullas portuguesas  
Que los contornos vigilan,  
Por ambas márgenes cruzan,  
Río abajo río arriba.  
No le vieron por milagro.  
Y viendo que allí peligra,

En dirección de Zamora,  
A un cerro marchó, que dista  
Como dos leguas de Toro,  
Y gran extensión domina.  
Eran las tres de la tarde.  
Y al mirar desde la cima,  
Del camino de Zamora,  
La brumosa lejanía,  
Vió que allá en Peleagonzalo  
Y San Miguel, extendidas  
Por las márgenes del Duero  
Y por su Vega y colinas,  
Vienen tropas portuguesas,  
Muy de cerca perseguidas  
Por falanges numerosas  
De las gentes de Castilla.  
Pasar á unirse con estas  
Con afan desearía,  
Mas cruzar el río impiden  
Del invierno las crecidas.  
¿Que hacer? murmuró Don Pedro,  
Ya la batalla principia  
Y yo aquí lejos y oculto,  
Cual sintiendo cobardía.  
¡Oh Cristo de las batallas!  
Dijo puesto de rodillas,  
¡Sálvame de esta verguenza!  
¡Librame de esta agonía!  
Mas, sin duda por el Cristo  
No fue la súplica oída,  
Porque el combate prosigue  
Y no remedia la cuita.  
Ve Fonseca, hasta detalles,  
Desde su punto de mira,  
Y llegan á sus oídos

Los rumores de la liza.  
Y ve al Cardenal Mendoza  
Que, con patriótica ira,  
¡Aquí el Cardenal traidores!  
¡Aquí está! con fuerza grita.  
Y á combate personal  
Con fiereza desafia.  
Y no lejos de Mendoza,  
Del enemigo en las filas,  
Vé á Carrillo el Arzobispo,  
Con férreo casco por mitra,  
Y por silla arzobispal  
La del corcel en que lidia,  
Y con tal brio lidiando  
que ¡ay de aquel que no le esquivo!  
Que hoy, en vez de bendiciones,  
Da lanzazos y acuchilla.  
Y así en bélica función  
Encontráronse enemigas,  
Frente á frente combatiendo  
Por extraña anomalía,  
De la iglesia Castellana  
Las más altas jerarquías.  
De igual modo, los dos reyes,  
Aún con riesgo de la vida,  
Dan ejemplos de valor,  
Con intrépida porfía.  
Y con esto es la batalla  
Tan dudosa, tan reñida,  
Que entre el uno y otro bando,  
La victoria está indecisa.  
Próximo el día á morir  
La duda ya se disipa  
Con el triunfo indubitable  
De la gente de Castilla,



En el número, inferior,  
Superior en valentía.  
Huye Alfonso á Castronuño,  
Su hijo Don Juan se retira,  
Y en una loma cercana  
Rehacer logra sus filas,  
Impidiendo que sus gentes  
Sean del todo destruidas.  
Pues las tropas portuguesas,  
Ya en derrota decisiva,  
De inmenso pánico llenas,  
Unos al río se tiran  
Otros huyendo hacia Toro  
En sus muros se cobijan.  
Y aprovechando Fonseca  
Una ocasión tan propicia  
En que nadie piensa más  
Que en salvar la propia vida,  
Entre la masa de gente  
Que entra y sale, choca y grita,  
Ganó del puente la entrada,  
Y con ella la salida,  
Llegando á su campamento  
Tras de penosas fatigas.  
Cayó rendido en su tienda,  
Y cuando, al rayar el día,  
Salió de ella, temeroso  
De castigos y rechiflas,  
Se encontró con la sorpresa,  
Cuya causa no se explica,  
De que todos le agasajan  
Y le alaban á porfía,  
Ponderando, en la batalla,  
Su intrepidez y pericia.  
Y que el mismo Don Fernando,

Estos plácemes confirma  
Pues, á la vez que coloca  
En la bandera rojiza,  
Sobre la Enseña Bermeja,  
Que de Zamora es divisa,  
La Banda de la Esmeralda,  
Bien ganada y merecida  
Por la hueste zamorana,  
Por su valor en la liza,  
De otro grado superior  
A él le pone las insignias.  
Mas tan insólitos hechos  
Le parecen sólo insidias  
Y los plácemes le suenan  
A pérfidas ironías.  
Desconfiado y huraño,  
De reojo á todos mira,  
Y de amigos y parientes  
Receloso el trato esquivo.  
Pues cuanto más pertinaz  
En tales cosas medita,  
Sin dar nunca con la clave  
De tan incógnito enigma,  
Más las tiene por diabólicas  
O mágicas brujerías.



## III

Dominando fértil vega  
De frutales alfombrada,  
Donde la mies y la viña  
Su ópimo fruto entrelazan,  
Donde el Duero caudaloso,  
Como serpiente de plata,  
A la sedienta llanura  
Da el tesoro de sus aguas,  
La noble Ciudad de Toro  
En un cerro se levanta.  
Toro, la Ciudad insigne,  
La de las leyes tan sabias  
Que, á pesar de tantos siglos,  
Aún perduran y se acatan,  
La que guarda entre sus muros  
Tradiciones venerandas,  
La que de reyes es cuna  
Y de varones de fama,  
La de los dulces racimos,  
La de guindas renombradas,  
La de riquísimos vinos,  
Que dan alegría al alma.  
Tiene la vieja ciudad,  
Además de las citadas,  
Otra joya inestimable,  
Escondida en la maraña

De negrillos y de chopos,  
Y de álamos y de acacias.  
Una antiquísima ermita,  
Que pobre y humilde se alza  
Tan cerca del manso Duero,  
Que el murmullo de sus aguas  
Confundido desde lejos,  
Con el son de las campanas,  
A semeja misteriosa,  
Sentidísima plegaria,  
Que, del río y de la ermita,  
Hasta el cielo se levanta.  
La imagen de un Santo Cristo  
Allí tiene su morada  
Y así, la ermita del Cristo  
Los toresanos la llaman.  
Que la imagen es modesta  
Y sin gran arte trazada,  
Mejor, porque así no hay duda,  
Que al Cristo de las Batallas  
La devoción con que rezan  
Y la fé con que le aclaman  
Sus hijos los toresanos,  
Es tan sincera y cristiana  
Que no va mezclada en ella  
Ninguna idea bastarda.  
Bien una fé tan sincera  
Merece imagen tan santa,  
Porque hace muchos milagros  
Y alivia muchas desgracias.  
Así, de exvotos, de ofrendas  
Y de cuadros que relatan  
Los milagros que prodiga  
Por toda aquella comarca,  
Están llenos sus altares

Y sus paredes cuajadas.  
En tiempos en que la fé  
No era, cual hoy, cosa rara,  
La imagen del Santo Cristo,  
A guisa de enseña Santa,  
En las guerras con los moros,  
Fué á los combates llevada.  
¡Cuántas veces en la lucha  
Hizo inclinar la balanza,  
Dando gloriosa victoria  
A la hueste toresana!  
No habrá mejor capitán  
Que el Cristo de las Batallas.  
Cercano está, de la ermita,  
Un puente, con su bardada,  
Y, frente á puente y ermita,  
Descuella orgulloso alcázar,  
Cual de Toro centinela,  
Que por sus cerros avanza,  
De la vega escudriñando  
La extensísima explanada,  
Y, del puente receloso  
Lo vigila y amenaza.  
Cuántos hechos ignorados  
Sus callados muros guardan.  
¡Oh! Si expresarse pudieran,  
Si sus paredes hablaran,  
Cuántas curiosas historias,  
Cuántas gloriosas hazañas,  
Cuánto episodio sangriento,  
Contarían sus murallas.  
Allí fué Don Juan el Tuerto,  
Deforme de cuerpo y alma,  
Atraído con engaños,  
Siendo, en pérfida celada,

Por el Rey Alfonso Onceno  
Ajusticiado con saña.  
Allí Don Pedro el Cruel  
Ejerció fiera venganza  
Y le maldijo su madre,  
Que de sangre salpicada,  
Y á mares por él vertida  
Sacó teñida la falda.  
Y cuantas otras leyendas,  
Ya perdidas ó ignoradas.  
Abajo la ermita humilde,  
Arriba el altivo alcázar,  
Los dos, por distinto modo,  
Son de Toro salvaguardia,  
Con las armas de la fé  
Y la fuerza de las armas.  
Allá de mil cuatrocientos  
Setenta y seis, comenzaba  
A correr el mes de Marzo,  
Y en una amplísima sala  
Del histórico castillo,  
Conversación animada  
Sostienen dos caballeros,  
Cuyo porte y arrogancia  
Señales son manifiestas  
De alto linaje y prosapia.  
Uno el Príncipe Don Juan,  
Otro el Conde de Marialva.  
Lleva el príncipe en el pecho  
Riquísimo escudo de armas,  
Y en él, las de Portugal  
Con hilo de oro bordadas,  
Y de heredero del trono  
La divisa se destaca.  
Sentado el príncipe está

Asomado á una ventana,  
Por la cual, mirando al Duero,  
Toda su vega se abarca.  
Habla Don Juan exaltado  
Y le escucha el de Marialva,  
Que de Toro era el alcaide,  
Y con voz entrecortada,  
En la cual ira y tristeza  
Claramente se delatan,  
Mirando del ancho río  
Las tubias rojizas aguas  
Dice así: vedlas, parecen  
Teñidas, ensangrentadas  
Con la sangre portuguesa  
Derramada en la batalla.  
Bien te cobraste Castilla,  
Bien has tomado venganza  
Con la batalla de Toro,  
De otra sangrienta jornada;  
De aquella de Aljúbarrota,  
Para las tuyos infausta.  
Aún parece que estoy viendo,  
De esa corriente en las aguas,  
Cadáveres de mis gentes,  
Que mutilados arrastra,  
Como fúnebres correos  
De noticias desgraciadas,  
Para anunciar á Zamora  
La derrota de mis armas.  
Quien sabe si alguno de ellos  
Será, por nuestra desgracia,  
El Rey Alfonso mi padre,  
Ahogado en las turbias aguas.  
Aún contemplo ante mis ojos  
Al fiero Pedro de Vaca

Que, cual tigre acometiendo,  
La real enseña arrebatada  
A nuestro Duarte de Almeida,  
Que la sujeta con rabia,  
Perdido un brazo, con otro,  
Y este también, con tal ansia  
Entre sus dientes la aprieta  
Que solo arrancando el alma  
Pudo al héroe arrancarse  
Aquella enseña sagrada.  
Aún resuena en mis oídos  
Y en el cerebro me estalla  
Aquel ¡Santiago y San Lázaro!  
Grito de guerra que lanzan  
Al atacar á mis gentes  
Las falanges castellanas,  
Cuyo bélico rugido  
Al infinito agigantan,  
De los barrancos del Duero,  
Las colosales gargantas.  
Y así ¡Santiago y San Lázaro!  
El eco en los aires clama,  
A las gentes de Castilla  
Dando fuerzas sobrehumanas,  
Para embestir á las mías  
Y acuchillarlas con saña.  
Calmaos señor, le dijo  
A Don Juan el de Marialva,  
Y de un próximo desquite  
No abandoneis la esperanza,  
Pues que una máxima dice:  
Hoy por tí, por mí mañana.  
En esto, pasos cercanos  
Sonaron en la antesala,  
Y alzando un paje el tapiz



De la puerta de la estancia  
Dijo al príncipe: Señor,  
Ha detenido la guardia  
A un soldado de á caballo,  
Del castillo en la explanada,  
Pues dice que para vos  
Trae asuntos de importancia,  
Y para entrar hasta aquí  
Vuestro permiso demanda.  
Que pase dijo Don Juan.  
De espuelas y de pisadas  
Oyóse á poco el rumor,  
Y á la puerta de la sala,  
Entre príncipe y soldado  
Este diálogo se entabla:  
¿Que quieres?—Dar un mensaje.  
¿Y que mensaje?—Esta carta.  
¿De quien es?—De vuestro padre.  
¿Pero vive?—Vivo estaba  
Al dárme la hace cuatro horas.  
¡Oh gracias, Dios mío, gracias!  
¡Se ha salvado!  
¿Y donde se halla?  
En Castronuño, señor,  
Y allí la respuesta aguarda.  
Está bien, venga ese pliego  
Y espera en esa antesala.  
Leyó el príncipe el mensaje,  
Y, con la faz demudada,  
Pretendiendo en vano dar  
A su voz mesura y calma,  
Señalando al pliego abierto,  
Dijo al Conde estas palabras:  
Aquí mi padre me cuenta  
Los hechos de la batalla

Y la terrible derrota  
Sufrida por nuestras armas.  
Y al conde, entregando el pliego,  
Mandó leerlo en voz alta.  
Y el pliego decía así:  
«De ayer á hoy cuanta mudanza,  
Todo, todo se ha perdido  
Con la funesta batalla.  
Combatieron nuestros bravos  
Con indómita pujanza,  
Pero en vano tanto esfuerzo,  
Pues en trágica avalancha,  
Acosados por do quiera  
Por las falanges contrarias,  
Fué terrible la derrota  
Y horrorosa la matanza.  
Gracias que llegó la noche,  
Y con ella una borrasca,  
Que, á no ser por una y otra,  
Ninguno con vida escapa.  
Perdimos ocho estandartes,  
Equipajes, vituallas,  
Y, de apresados y muertos  
En el campo de batalla,  
De unos dos mil, por lo menos,  
Nuestra pérdida no baja.  
Es preciso reponerse  
De la derrota pasada,  
Reclutando nuevas fuerzas,  
Y á este fin, y sin tardanza,  
Salid para Portugal  
Y llevad á Doña Juana.  
Que siga en esa Ciudad  
Nuestro conde de Marialva,  
Y responda su cabeza

De Toro y de su comarca.»  
Dobló el conde el regio pliego,  
La lectura terminada,  
Y al soldado á su presencia  
Mandó Don Juan que pasara.  
Vete en seguida, le dijo,  
De Castronuño al alcázar,  
Y al Rey mi padre le dices  
Que lo que ordena en su carta,  
Hoy mismo será cumplido  
O, lo más tarde, mañana.



## IV

La causa de Portugal  
Está casi feneciendo,  
Y su rey Alfonso Quinto,  
Ya derrotado su ejército  
De la batalla de Toro  
En el combate sangriento,  
Perdió toda su arrogancia  
Y receloso y maltrecho,  
Con Isabel y Fernando  
Concertar quiere un arreglo,  
Renunciando Doña Juana  
Sus quiméricos derechos  
Si le dan Toro y Zamora,  
Y, á más, Galicia y dinero.  
Rechazando como ofensa,  
Más que oferta, lo propuesto,  
Sin querer ya tratar más,  
Ardió la guerra de nuevo,  
Porque se halla todavía  
Bajo del yugo extranjero  
La noble Ciudad de Toro,  
Que es joya de mucho precio.  
Mientras Toro no se rinda,  
Nada se ha hecho con lo hecho.  
Por eso sitian sus muros  
Y la estrechan con su cerco,

Con grandes grupos de gentes,  
Los fuertes destacamentos  
De Pedrosa y San Román,  
De Villalar y Alaejos.  
Campo son de escaramuzas  
Y de parciales encuentros,  
Que se libran á menudo  
Entre los bandos opuestos,  
Los llanos de Valdefinjas,  
Peleagonzalo y los pueblos,  
Extendidos allí cerca  
Por las orillas del Duero.  
Oscurísima es la noche,  
De las más crudas de invierno,  
Y sopla un aire tan frío  
Que penetra hasta los huesos.  
En las tropas sitiadoras  
Hay extraño movimiento.  
Diez soldados, escogidos  
Entre los más desenvueltos,  
Guiados por un pastor,  
Suben de Toro los cerros.  
Nadie más que ellos conoce  
De su viaje el secreto,  
Pues golpe que no se avisa  
No es tan fácil repelerlo.  
Subiendo van, casi á tientas,  
Por extraviados senderos  
Y á despeñarse cien veces  
Han estado muy expuestos.  
Más, de llegar á la cima,  
Han conseguido el intento,  
Y arrojando las escalas  
A un cercano parapeto  
En que no hay ni un centinela

Y del todo está desierto,  
Por creerla bien guardado  
Con lo abrupto del terreno,  
Se lanzaron al asalto  
Y, hallando todo el silencio,  
Volvieron pasos atrás,  
Regresando al campamento.  
Llegó el que hacía de jefe  
A una tienda, en cuyo centro  
Se vé un hombre entrado en años  
De noble y marcial aspecto.  
Extraños son, en verdad,  
Su moviliario y arreos,  
Pues vese, en confusa mezcla  
Amontonado y revuelto,  
Una mitra junto á un casco,  
Un pectoral sobre un peto,  
Y un báculo y una espada,  
Junto á una cota de acero.  
Mas cesará la extrañeza  
Cuando sepamos que el dueño  
Es el noble toresano,  
Es el Obispo y guerrero,  
Don Alonso de Fonseca.  
Con él está discutiendo,  
Frente al Obispo sentado,  
Nuestro Fonseca, Don Pedro,  
Que tiene con Don Alonso  
Muy cercano parentesco.  
Pidió permiso el llegado  
Para pasar, y al tenerlo,  
Así dijo, descubriéndose  
Y en faz del mayor respeto.  
Señor, todo conseguido  
Y cumplido lo dispuesto.

Como el pastor indicó,  
Por los barrancos del puerto  
De la Magdalena, entrar  
Se puede y tomar el pueblo.  
Está bien, dijo el obispo,  
Marcha con tus compañeros  
Y espera cerca mi aviso,  
Que, sin duda, será presto.  
Levantóse Don Alonso,  
Imitándole Don Pedro,  
Y así aquél le dijo á éste:  
Pues conocéis el terreno,  
Que ya sé que muchas veces,  
Por no sé que devaneos,  
Habeis entrado de noche  
En Toro por esos cerros,  
Excoged seiscientos hombres,  
Los más valientes y expertos,  
Y venid aquí en seguida,  
Porque quiero, al frente de ellos,  
Marchar á romper el yugo  
En que gime nuestro pueblo;  
Y, ó triunfarán los Fonseca,  
O morirán en su empeño.  
Cumplióse la orden al punto,  
Con precisión y en silencio,  
Con tal valor y pericia  
Que, á pesar del contratiempo  
De extraviarse alguna vez  
Por los altos vericuetos,  
Tuvo un éxito feliz  
De la sorpresa el intento.  
De tal modo resultando,  
Por los designios del cielo,  
Y de la historia de Toro

Para glorioso recuerdo,  
Que, si un toresano fué  
El jefe en aquel suceso,  
Un toresano, un Fonseca  
Fué en el asalto el primero.  
Del Conde de Benavente  
Y Duque de Alba, los tercios,  
Que en la pasada batalla  
Cual leones combatieron,  
Apostados de antemano  
En lugares estratégicos,  
Abiertas ya las entradas,  
Penetraron en el pueblo  
Como avalancha terrible  
Como huracán violento.  
La guarnición portuguesa,  
Al despertar de su sueño,  
Como de una pesadilla  
Despierta febril enfermo,  
Con bravura defendióse,  
Mas fué vano su denuedo;  
Que, unidos á los de fuera  
Los toresanos de dentro,  
Pelearon con tal saña,  
Con tan patriótico empeño,  
Lo mismo ricos que pobres,  
Y hasta mujeres y clero,  
Que, á no ser por el castillo  
Y por ser sus muros recios,  
No queda ni un portugués,  
Siquiera para un remedio.  
Logrado ya con fortuna  
De la sorpresa el intento,  
Marchó anheloso Fonseca  
Al dulce amoroso cebo



De la casa de su Elvira,  
Más que de prisa, corriendo.  
Entró en ella, más al punto  
El corazón le dió un vuelco,  
Al ver á todos allí  
De negro luto cubiertos;  
Los criados, Doña Laura,  
Y hasta su amigo Don Diego.  
Lleno de agudos temores  
Y tristes presentimientos,  
Al ver que falta su amada,  
¿Y Elvira? gimió Don Pedro.  
Disimulando Mansilla,  
Cual si no viera su anhelo,  
Así contestó á Fonseca  
Con triste y sentido acento:  
Sabeis ya que convencido  
Con vergüenza de mi yerro  
Unido estoy á la causa  
De Isabel hace algún tiempo  
Y que esta noche ayudé  
De la sorpresa el empeño.  
Sabiedo Antona García  
Que era yo ya de los vuestros,  
Participóme sus planes  
De dar entrada en el pueblo  
A las tropas castellanas  
Del cercano campamento.  
Su esposo Juan de Monroy  
Estaba también de acuerdo  
Y otros bravos toresanos.  
Mostréles yo mi deseo  
De ayudarles en la empresa,  
Pero un traidor ó indiscreto  
A Marialva y sus secuaces

Delató nuestro proyecto.  
Pañón, Antona, Monroy,  
Botinete y otros, fueron  
Apresados en seguida,  
Librándome yo de serlo  
Pues, sin duda, el delator  
Supo á medias el secreto.  
Por su patria y por su reina  
En vil garrote murieron,  
Después de mil vejaciones  
Y de horribles sufrimientos.  
El triste fin de los suyos  
Causó á Elvira tanto duelo,  
Que subió á los pocos días  
De tan trágico suceso,  
Con sus heróicos padres  
A reunirse en el cielo.  
El mar de un amargo llanto  
Rompió el dique al oír esto,  
Y ahogado por los sollozos,  
Fonseca diera en el suelo  
Si en sus brazos en seguida  
No le sostiene Don Diego,  
Que sacándole de allí,  
Tras inútiles consuelos,  
Le condujo hasta el palacio  
De su tan próximo deudo,  
El Obispo Don Alonso,  
Donde está su alojamiento.  
Y en tanto, suena el combate  
Del alcázar á lo lejos,  
Al que la reina Isabel  
Estrecha con rudo asedio.  
La heróica toresana  
Doña María Sarmiento,

Con indómito valor  
Rechaza el ataque regio.  
Y si al fin capituló,  
Resistióse tanto tiempo  
Que, aunque sobró la bravura,  
Se agotaron los pertrechos.  
Mereciendo así las dos,  
Por tan heroico esfuerzo,  
Ser toresana, Isabel,  
María, regir un reino.



## V

Es una hermosa mañana  
De un día de primavera.  
La fértil vega de Toro  
Luce sus galas más bellas,  
De frutales, que floridos,  
La vista y el alma alegran.  
Va robándoles aromas  
La brisa errante y ligera,  
Anticipando perfumes  
De guindas y de cerezas.  
Confúndese con la brisa  
El zumbar de las abejas  
Que, con ella compitiendo  
En dulcísima faena,  
En los árboles frutales  
Van libando las esencias  
De las mieles perfumadas  
De sus rústicas colmenas.  
Del, Duero el líquido espejo,  
Los rayos del sol refleja,  
Con ellos en luz bañando  
Ciudad, cerros y praderas,  
Y pintando en cada gota,  
Los matices de una perla.  
Allá, en la ermita del Cristo,  
El lejano rumor suena

De repique de campanas,  
Cuyas metálicas lenguas,  
Llaman á misa á los fieles  
Y que ya es hora recuerdan.  
Pero, por más que repican,  
En vano en tocar se esfuerzan,  
Pues nadie acude á su aviso,  
Ni es extraño que así sea,  
Que, en mañana tan alegre,  
Dios, de seguro, dispensa  
Que, más que rezar, agrade  
El pasear por la vega.  
Por eso, sin duda alguna,  
Está la ermita desierta.  
Solamente en la penumbra  
En un rincón de la iglesia,  
Ante la imagen del Cristo,  
Postrado de hinojos reza,  
Un piadoso caballero.  
Es Don Pedro de Fonseca.  
Está en su pálida faz  
Retratada honda tristeza,  
Y así, en súplica anhelante,  
Al Cristo bendito ruega:  
Señor ilumíname,  
Sino quieres que enloquezca,  
Y del confuso misterio  
Disípanse las tinieblas.  
¿Cómo pude al mismo tiempo,  
Mientras duró la pelea  
De la batalla de Toro,  
Estar y no estar en ella?  
Una fantástica luz  
Brilló de pronto en la iglesia  
Y sus fúlgidos destellos

Deslumbraron á Fonseca.  
Se oyó una voz sobrehumana,  
Que en los ámbitos resuena  
Suave, dulce y armoniosa,  
Cual una célica orquesta,  
Y el Cristo de las batallas  
Contestó de esta manera:  
«Por los celestes designios  
Patrono soy de tu tierra;  
En trance apurado y triste  
Me imploraste con fé ciega.  
Yo tu oración acogí  
Y evitando tu vergüenza  
De faltar á la batalla  
En tu puesto asistí á ella.  
Monté tu mismo caballo  
Tomé tu figura y prendas,  
Haciendo creer así  
Propias tuyas mis proezas,  
A la vez favoreciendo  
A la causa, justa y buena,  
De Isabel y de Fernando,  
Con mi onipotente fuerza,  
Porque además de ser justa,  
La divina providencia,  
En la batalla de Toro,  
Venciendo Isabel en ella,  
El prólogo preparó  
De la grandiosa epopeya  
Cuyo epílogo será,  
Tras de batallas cruentas,  
En los muros de Granada,  
Do, en su Torre de la Vela  
Ante la cruz caerá  
La media-luna agarena.

Y España surgiendo así,  
Bajo la cruz ya completa,  
Mi lábaro extenderá  
Por las ignotas américas.»  
Cayó de bruces Don Pedro  
Al oír la voz excelsa,  
Y aún sus ecos resonando  
En las bóvedas desiertas,  
Atónito y aturdido  
Salió de la ermita á tientas.  
Y pensando en el milagro,  
Y lleno de fé sincera,  
Sus amantes ilusiones  
Con Doña Elvira ya muertas.  
A la imagen prometió  
Consagrar vida y hacienda  
A la causa de Isabel.  
Y cumpliendo su promesa,  
Algunos años después,  
Al asaltar una almena,  
Y de la hueste de Toro  
Combatiendo á la cabeza,  
En el cerco de Granada,  
Por la cruz y por su reina,  
Con heróico valor,  
Murió Pedro de Fonseca.



Querido Sr. D. D. de  
Nueva Mexico 1843  
agosto 1843 en Valle  
del Placer de San  
don un tercer piso  
ingratos

Atte  
Fernando Alcega